

Calidad de vida: ¿Eslogan afortunado o categoría de análisis? Su aplicación al caso de las ciudades latinoamericanas



La ciudad de Caracas desde los cerros. (Foto A.M.)

Alfredo Falero

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, la expresión calidad de vida ha pasado de tener un uso más bien restringido a lo cotidiano, a un profuso empleo en los más variados ámbitos. Seguramente, la fuerte connotación positiva que sugiere, llevó a que formara parte como eslogan —a modo de ejemplo— de campañas publicitarias en medios masivos, tendiente a incentivar el consumo de los más diversos productos.

Paralelamente, en las ciencias sociales, en especial en la sociología,¹ se ha venido conformando lo que podríamos denominar una categoría «comodín», es decir, que hace referencia en forma vaga e imprecisa a condiciones generales de

reproducción social y biológica y que por tanto se articula en distintas temáticas y perspectivas.

En este sentido, el presente trabajo intenta analizar «calidad de vida» como categoría sociológica, es decir, si conceptualmente adquiere real fuerza explicativa. Para los límites de este artículo, se propone esencialmente un mapa de dimensiones relevantes posibles, sin profundizar en ellas. Particularmente interesa concentrarnos en las referencias que alude en la actualidad, con relación al ámbito urbano de América Latina.

Ciertamente, la carencia de precisión anotada no es azarosa y es obvio que no se trata de un caso particular. Piénsese cuando se habla de democracia por ejemplo. Podemos tener desde una restringida posición de mera representación a través de elites políticas electas cada determinado período (al estilo Schumpeter), hasta una posición de continuada práctica participativa de control y demanda, donde el concepto de lo político es arrancado de la reducción al poder constituido (Negri 1995). Sin embargo, hoy parece resultar difícil sustraerse a la tentación de referirse a la democracia «sin adjetivos» a pesar de la vaguedad de significado.

¹ Entre los ejemplos posibles de utilización de calidad de vida para referirse a cosas distintas en otras disciplinas, el caso de la historia es elocuente. Un rápido panorama crítico sobre esta problemática puede encontrarse en el trabajo de Josep Fontana «La Historia después del fin de la historia», p. 43 a 64, Barcelona, Crítica, 1992.

Desde nuestra perspectiva, tampoco se trata de quedar prisioneros de constructos teóricos con contornos definidos, sino de la conformación de categorías abiertas a lo nuevo, a la incorporación de dimensiones, lo cual no es contradictorio con significados relativamente precisos. Pero esa apertura mencionada indica que no existe neutralidad posible en la construcción del conocimiento. Las opciones en la apropiación de la realidad, guardan estrecha relación con los valores presentes en la operación.

BREVE TRAYECTORIA DE UN CONCEPTO

Trabajosa e inacabada es la historia para medir empíricamente lo que en forma genérica se fue perfilando como «calidad de vida», es decir su traducción cuantitativa. Es notorio que nuestros instrumentos de análisis de la realidad social son imperfectos. En el caso de la calidad de vida —aunque tomando distintos nombres— se ha buscado desde el punto de vista cuantitativo combinar diversos indicadores de bienestar social para establecer índices que permitieran comparaciones dentro de cada país en primera instancia y entre países posteriormente.

El enfoque más exitoso para evaluar el desarrollo ha sido el PIB, realizado en las décadas del treinta y cuarenta en un contexto de recesión generalizada si bien no medía el bienestar humano (Estés, 1994). Se puede fechar los primeros pasos en ese sentido, cuando en 1954, un grupo de la ONU identificó la necesidad de diferenciar algunos conceptos como «nivel de vida» y de definir indicadores para la comparación. Distintos enfoques, a veces contradictorios, se fueron desarrollando posteriormente, dependiendo del organismo internacional. Un informe de la ONU de 1961 ya presentaba una lista de 12 componentes de «nivel de vida».

Del arsenal de instrumentos propuestos a partir de entonces, sin duda un avance substancial es la aparición del primer informe sobre Desarrollo Humano (IDH) del PNUD. Este Índice —anualmente ajustado en su composición— puede leerse como un «diálogo» con el Banco Mundial a partir de su mayor consideración de los aspectos sociales (Coraggio, 1995, p. 36). De hecho, la creciente pobreza producto de la imposición de la globalización económica de mercado libre, ha lleva-

do a combinar este modelo en curso, con políticas sociales focalizadas (Gurrieri, 1994).

El IDH representa pues el intento más perfeccionado desde un organismo internacional, de elaborar un diagnóstico que permita comparaciones relativamente precisas entre países. Ello habilita a evaluar la eficiencia de acciones emprendidas y la eventual asignación de recursos mediante la focalización del gasto social.

En términos comparativos, puede surgir así que en América Latina hubo «progresos significativos» en las tres últimas décadas y si se trata de lograr una mejoría de los indicadores globales del Índice, se debe invertir en otras regiones (África subsahariana por ejemplo) y no América Latina (excepto Brasil) (Coraggio, 1995, p. 26 y 27).

Para organismos como el Banco Mundial, mejorar la calidad de vida asume aquí —con los escasos recursos asignados— el significado real de exhibir un rostro «humano» del ajuste. Se trata como se dijo alguna vez, no de políticas para combatir la pobreza, sino de políticas para desconfliktivarla.

Ciertamente, entre los indicadores que conforman un panorama cuantitativo y los aspectos cualitativos de la vida, existe una distancia amplia. En este sentido, la selección de variables a incluir, más allá de los problemas de operatividad que se presenten, nos remite al contexto en que se inscribe el estudio. En efecto, tal selección es también un producto histórico y por tanto una noción en remodelación permanente.

Planteado, en términos de noción cultural debe recordarse un trabajo de René Millán de 1991 que establecía tres características sustanciales interrelacionadas a tener en cuenta que pueden esquematizarse de la siguiente forma:

- No niega, pero no se subordina a la lógica adquisitiva del consumo.
- Al expresar calidad y no más consumo, da lugar a la posibilidad de reproducir usos y costumbres tradicionales.
- Se valoran usos, estilos de vida, pero no como definición jerarquizada de tipo «nivel» de vida.

Como veremos, si bien la delimitación conceptual resulta dificultosa por los variados planos que se cruzan, se trata —al decir de Millán— de una «valoración social que no es excluyente, sino inclusiva».

ARTICULACIÓN DEL CONCEPTO EN EL CAMPO DE LA SALUD

Debemos anotar dos líneas posibles que vincula calidad de vida con este campo del conocimiento: una que podríamos denominar como visión conceptualmente restringida, que no necesariamente coincide con la visión reduccionista de la medicina (que considera al cuerpo como máquina ensamblada por piezas y la enfermedad como disfunción); y una que está muy próxima al concepto de salud colectiva.

En la primera línea, hacemos referencia a un «concepto que fue introducido en la década de los setenta como un elemento cualitativo en oncología para la evaluación de los tratamientos, respecto al control de los síntomas y al desempeño del paciente». Luego se extendió a otras especialidades: reumatología, geriatría, etc. (Bespali, 1996).

En términos generales, el concepto puede referirse a un planteo de lograr niveles culturalmente aceptables de vida para pacientes con padecimientos crónicos (entre los que incluimos hoy, por las posibilidades abiertas en el campo médico, los portadores de VIH). Más allá de estos términos puramente evaluativos, el concepto puede implicar el desarrollo de instrumentos para su medición empírica.

Si consideramos la salud no como mera ausencia de enfermedad clínicamente diagnosticada, sino en el sentido de salud colectiva, el orden social actual, producto de lo que se denomina como crisis de la modernidad, no resulta especialmente favorable para un bienestar social general aún en los países centrales. Por el contrario, analizada sociológicamente la relación entre calidad de vida y salud, se debe hacer hincapié en una perspectiva que considere la asociación mente-cuerpo y la relación con el entorno (Vicens, 1995).

En este sentido, calidad de vida puede verse como «las relaciones humanas y de estilos de vida creativos y percepciones más personales del tiempo, el territorio y el cuerpo», a lo

que hay que agregar que implica un cierto nivel de vida, en el sentido de más consumo, pero que no se reduce a este último (Vicens, 1995, p. 59).

Llegados a este punto, el razonamiento del que nos ocupamos, diferencia formas de vida orientadas a la enfermedad y a la salud. Entre las primeras tenemos el estrés, la aceleración, la competitividad, la acumulación excesiva (por ejemplo, la información no digerida), la fijación o fragmentación de la realidad. En las orientaciones hacia la salud, entraría la expansión del tiempo, la realización personal, la cooperación, la gratificación íntima del trabajo, la información que contribuye a la formación intelectual, la calidad de las relaciones humanas y personales, la complementariedad de niveles opuestos o el diálogo entre contextos, caracteres o personalidades diferentes.

La amplitud de elementos que sugiere calidad de vida en este caso está vinculada a una exploración aún tanteante para trazar un nuevo paradigma, con aportaciones de la física cuántica y la filosofía oriental. Las preocupaciones del análisis parecen centrarse en el carácter transitorio de las relaciones sociales, la naturaleza esquizoide de los contactos, el individualismo que llevan a la atomización y la falta de sentido de la vida, en un contexto urbano de sociedades centrales y no periféricas. Como veremos, si bien existen convergencias, una visión de calidad de vida de las áreas urbanas de América Latina, debe sumergirse en otras preocupaciones.

PRECISIONES RESPECTO A ESTILO DE VIDA

De acuerdo con lo que venimos sosteniendo en cuanto a la falta de exactitud terminológica, es necesario referirse brevemente a «estilo de vida», una expresión que frecuentemente genera confusiones en relación a nuestro concepto en estudio. Surgido a partir de la sociología británica de la estratificación en la década del sesenta, su énfasis temático tiene que ver con la configuración de actitudes y comportamientos en torno al consumo.

Ello implica advertir no sólo el acceso desigual al mismo, a partir de una posición de clase, sino el cambio cultural que ha acompañado las transformaciones socioeconómicas del fin de siglo. La exploración en este sentido, parece centrarse en el consumo como área de comunicación de diferenciaciones sociales y distinción simbólica entre los grupos.²

² Para una mejor visualización de la relación entre estilos de vida y clase social véase el cap. 7 del trabajo de Rosemary Crompton, «Clase y Estratificación. Una introducción a los debates actuales», Madrid, Tecnos, Por otra parte, para un buen resumen de modelos para entender el consumo, véase el trabajo de Nestor García Canclini, «¿Qué hacemos cuando consumimos?», Brecha, 28.2.92.

Ciertamente, a partir de aquí pueden realizarse un conjunto de consideraciones acerca de las claves, identificables en las distintas sociedades, que dan lugar, por ejemplo, a rituales de consumo o conductas de lo que en algún momento se denominó «aburguesamiento» de los obreros y la adopción de estilos de vida de clase media.

Pero entre las rápidas coordenadas trazadas, lo que interesa ponderar a nuestros efectos, es que más allá de la ambigüedad conceptual, no se establece aquí una preocupación especial por la satisfacción de necesidades en el mercado y consecuentemente el papel que juega el estado en facilitarlas o no. En este sentido, tanto los procesos de concentración de la riqueza como su otra cara, los procesos de descomposición social y empobrecimiento, quedan fuera de un análisis de estilos de vida.

Por lo expuesto, existe entre esta expresión y calidad de vida, un área de intersección importante en lo que se refiere a cantidad y/o calidad de consumo. Aun así, aquella última supone como veremos a continuación, un conjunto de problemáticas claramente más vasto.

CALIDAD DE VIDA URBANA EN AMÉRICA LATINA

Generalidades de la perspectiva ambiental

Operación arriesgada es la de sintetizar en pocas líneas y sin abusivas simplificaciones, las consecuencias ambientales urbanas de un modelo económico basado en la polarización global y una lógica de crecimiento y acumulación orientado por una racionalidad de corto alcance.

En los últimos años, numerosos autores que han trabajado en el campo en que se articula las ciencias sociales con la temática del medio ambiente, insisten como finalidad mejorar la calidad de vida a partir de un modelo económico alternativo (entre otros, Martínez Alier, 1992; Fernández Durán, 1993; Vicens, 1995). Para ello parten del concepto físico de entropía, por el cual la energía se transforma en un solo sentido: de energía útil, concentrada, en estado libre, pasa a un estado inútil, disperso y generador de desorden material.

Considerando este principio básico de la termodinámica, un crecimiento cuantitativo indefinido basado en el consumo cre-

ciente de fuentes energéticas de carácter finito, es imposible. No sólo por este límite mismo, sino porque el proceso se acompaña de un aumento mayor de la entropía del entorno. En ese sentido, se ha dicho que «lo que se conoce como progreso consiste en la creación de islas de orden aparente a costa de provocar océanos de desorden cada vez mayores» (Fernández Durán, p. 22).

No obstante, la sociedad es un «sistema abierto» —de acuerdo al lenguaje de los físicos— por lo que puede generar una entropía negativa, en este caso, orden, regeneración, vitalidad, concientización, etc. (Vicens, p. 4).

Desde la perspectiva anotada —por cierto, muy esquemáticamente trazada— se desprende que una mejora de las condiciones de reproducción social no es posible sin un cuestionamiento de todo el modelo y su reemplazo progresivo por una nueva opción civilizatoria. Desde estas corrientes, aunque con distintos matices, se concluye que la lógica capitalista de fin de siglo deja poco espacio a una mejora real de la calidad de vida.

En el caso de los teóricos de una economía ecológica, intentan agregar al capital y al trabajo, los insumos provenientes de la naturaleza (la que deja de ser una simple «externalidad»).

La urbanización latinoamericana

El tema de la calidad de vida en las ciudades latinoamericanas no resulta nuevo. De hecho, la aceleración del proceso de urbanización en el Tercer Mundo es un fenómeno ampliamente conocido por la sociología. Recordemos algunas cifras elocuentes: entre 1950 y 1985, mientras en el Norte se pasó de 450 a 850 millones de habitantes en las ciudades, en el Sur se pasó de 255 a 1160 millones.

Asimismo, se estima para este último caso, que se pasará a algo más de 4000 millones en el 2025, lo que equivaldrá a que el 90 % del crecimiento poblacional tenga un carácter urbano (FNUAP, 1991, p. 59; Fernández Durán, 1993, p. 119).

Considerando la forma central de organización del espacio en el actual modelo productivo, se han establecido dos tipos diferentes de regiones metropolitanas: la llamada «ciudad global» en el Norte y la «megaciudad» en el Sur. Ambas cumplen diferentes funciones.

En el primer caso se trata de espacios estratégicos donde se ubican servicios avanzados, núcleos financieros y centralidad

de la gestión transnacional (caso de Nueva York, Londres o Tokio) y que operan como fuerzas productivas en sí mismas. En el segundo caso estas funciones están ausentes y las causas de crecimiento son variadas, aunque vinculadas al tipo de articulación dependiente que se trate (caso de México o San Pablo, con unos 25 millones de habitantes aproximadamente).

Si bien existen diferencias en las estimaciones poblacionales, se puede afirmar con seguridad que de las 25 ciudades más grandes, sólo seis están en países centrales, el resto está en áreas periféricas. Lo que es sustancial destacar a nuestros efectos es la relación entre hiperurbanización y calidad de vida, en tanto se presentan un conjunto de problemáticas no resueltas que igualmente se convierten en atractor de recursos públicos.

En efecto, más allá de la aparición del llamado «cuarto mundo» en las ciudades de países centrales, el contexto en que se desarrolla esta situación, no la hace tan inmanejable como la degradación masiva de la vida humana que se observa en las ciudades de América Latina. A la ya precaria inserción laboral, se suman el deterioro del espacio físico habitable y deficientes servicios colectivos. Por ejemplo, se estima que para el año 2000, sólo en las grandes concentraciones urbanas de la región, dos tercios de dicha población viva en barrios de villa miseria, cantegril, etc. (citado por Fernández Durán, p. 149).

Recordemos asimismo que en la llamada «década perdida» se agudizó el problema de la pobreza. Al terminar los años ochenta, 270 millones de latinoamericanos —el 62 % de la población— entraba en la categoría. Y dentro de ésta los que más crecieron fueron los indigentes, es decir aquellos que si tuvieran la posibilidad de destinar todos sus ingresos a comprar alimentos, no cubrirían igualmente el mínimo de proteínas y calorías (Kliksberg, 1994).

¿Qué supone concretamente mejorar estas degradantes condiciones masivas de reproducción social? A la respuesta convergen entonces, desde diversas perspectivas, frecuentes y nuevamente difusas referencias a la necesidad de mejorar la calidad de vida.

Medio ambiente y calidad de vida

Desde hace unos años, la expresión en cuestión, se ha visto resignificada como noción articulada al discurso medioambiental. A la carencia de infraestructura necesaria que también

puede vincularse a la temática (saneamiento, agua potable, etc.) o de servicios (en el sentido de recolección y tratamiento de basura, por ejemplo) se han sumado o problemas nuevos o recrudescimiento de antiguos (contaminación atmosférica).

En este sentido, si se trata de establecer los tres elementos más críticos en las ciudades latinoamericanas desde una perspectiva ambiental, tendríamos: la concentración demográfica, el agotamiento y contaminación de los acuíferos y la contaminación del aire (Ezcurra, 1992).

En verdad, ya en 1990 el FNUAP había establecido que «la calidad de la vida humana es inseparable de la calidad del medio ambiente y es cada vez más evidente que ambas son inseparables de las cifras de población y de su concentración». Continuaba luego este informe «Una de las lecciones más claras de las políticas de población de las dos últimas décadas es que las inversiones en el desarrollo de los recursos humanos —por ejemplo, en mejorar la condición de las mujeres, el acceso a la educación, a la salud y a los medios de planificación familiar— no sólo mejoran la calidad de la vida sino que también constituyen el medio más adecuado y más rápido para reducir las tasas de crecimiento demográfico» (citado en FNUAP, 1991, p. 53).

ELEMENTOS PARA UNA DELIMITACIÓN CONCEPTUAL

Cualquier delimitación conceptual expresa un momento histórico particular, por lo que una construcción categorial debe ser pensada en movimiento, abierta a la inclusión de lo nuevo, a contenidos que devengan, a «esa potencialidad que constituye lo indeterminado» que trasciende el momento (Zemelman, 1992, T. II, p. 75).

La captación de la realidad social, pues, no puede expresar solamente un momento congelado, una especie de fotografía de aquella, que en todo caso supone historicidad. De lo que se trata, es que las construcciones conceptuales reflejen la complejidad.

De aceptar esta premisa, el movimiento de lo indeterminado deviene «en objeto de una voluntad de acción capaz de transformar lo potencial en realidades tangibles» (Zemelman,



Caracas. (Foto A.M.)

1996, p. 78). Con este marco rápidamente delineado, puede sostenerse que calidad de vida debe constituir una categoría que dé cuenta de la dinámica y no meramente una visión parcial de un conjunto de indicadores, quizás estadísticamente complejo, pero que expresa sólo un momento axiológicamente construido.

Al subrayarse la necesidad de considerar lo constituyente, se afirma una relación intrínseca con la praxis de sujetos capaces de impulsar demandas, en un esfuerzo por intentar que lo viable se traduzca en realidades complejas. Ello se facilita en la medida que la sociedad posibilite la apertura para enriquecer la subjetividad individual y social (Zemelman, 1996).

El mapa de demandas que se abarque como claves, depende de las prácticas colectivas de reactuación sobre la realidad. De acuerdo con lo anterior, «la cuestión central consiste en que el plano de satisfacción de las necesidades del individuo reconoce un ámbito con límites dinámicos: lo que en un momento aparece como la liberación del hombre, un momento posterior se define como insatisfactorio y limitante para su pleno desarrollo» (Zemelman, 1996, p. 55)

De lo expuesto, como concepto, calidad de vida nos conduce a la praxis concreta de actores colectivos. El término de participación adquiere entonces especial centralidad, por lo que a ella nos remite finalmente la reflexión sobre el tema.

PARTICIPACIÓN URBANA Y CALIDAD DE VIDA

Participación constituye en verdad otra de esas expresiones que adquieren significados diferentes. En un sentido amplio, cada persona participa necesariamente de muchas formas y a muchos niveles. El Índice de Desarrollo Humano de 1993 la considera «como una estrategia global del desarrollo, centrándose en el papel fundamental que debe desempeñar la gente en todas las esferas de la vida». En ese sentido, la participación «permite que la gente pueda por sí misma acceder a una gama mucho más amplia de oportunidades» (p. 25).

Delineada de esta forma, puede leerse en un sentido tan amplio que diluye sus referencias más notorias a la integración en prácticas colectivas canalizadoras de demandas. No obstante, un enfoque restringido puede entenderse también como mera intervención de elector en votaciones. Asumimos aquí el concepto de participación como no limitado a canales institucionalizados de representación, sino en el sentido de poder constituyente, como praxis participativa, o mejor, como «paradigma de una dimensión temporal abierta sobre el futuro» (Negri, 1994, p. 379).

Más allá de lo harto debatible que puede resultar el tema, nuestro interés aquí es relacionar este concepto en los parámetros manejados, con calidad de vida urbana en América Latina. Como es fácil visualizarlo, el tema se recorta entonces de un vasto ámbito como el de los movimientos populares urbanos.

A modo de rápidas premisas en que nos fundamos sobre la temática, debe establecerse:

- Las prácticas colectivas relacionadas con condiciones de vida tienen larga data. Por ejemplo, Castells (1986, p 113) menciona el movimiento de Veracruz de 1922 que reaccionaba contra los especuladores inmobiliarios, es decir, las condiciones de vivienda y el desplazamiento ocasionado por la renovación urbana.
- El hecho de indicar que las formas de lucha son expresiones de resistencia organizada contra la reducción del nivel reproductivo (Evers y otros, 1982) puede ser válido si se incorporan los significados elaborados por los sectores populares para desencadenar su acción (Nunes, 1989).

- Más allá de las transformaciones culturales de fin de siglo, inhibitorias de la participación, estructuralmente el deterioro de las condiciones de reproducción social y biológica de las grandes mayorías, sumado a la generalización de formas ocupacionales menos estables y protegidas, ha llevado a la disminución del peso del movimiento sindical y la irrupción de movilizaciones hacia reclamos de calidad de vida (Candia, 1996).

Esto último adquiere especial significación en el fin de siglo. Terminado el ciclo de lucha de clases centrado en el obrero industrial, perdidas las condiciones anteriores de socialización de la fuerza de trabajo, la contradicción central de las relaciones fuerza de trabajo-capitalista, se difracta en múltiples sujetos de resistencia y potencialmente de transformación.

Mencionadas estas grandes líneas, interesa destacar lo que puede considerarse desde la sociología como un cambio cualitativo que también abre nuevas posibilidades potenciales. Paralelamente a las tendencias desintegradoras de exclusión social y a comportamientos desordenados, individuales o grupales (vandalismo, criminalidad), también se plasman acciones colectivas vinculadas a reclamos de condiciones cotidianas de existencia.

En su aprehensión sociológica, esta praxis puede formar parte, sin embargo, de tipologías diferentes. Así, por ejemplo, para el caso argentino se ha establecido una división —basada en el tipo de solidaridad— entre «movimientos de sobrevivencia» y «movimientos de calidad de vida» (García Delgado, 1994, p. 193 a 195).

Desde la perspectiva aquí sostenida, esa separación puede resultar artificial, en tanto, calidad de vida como categoría de análisis, tiene que ver con aspectos no materiales o de calidad de consumo (derechos humanos, ecología, seguridad, etc.) pero también con problemáticas materiales urbanas.

En el caso de los movimientos ambientalistas en Europa Occidental, se ha afirmado que éstos pueden vincularse a «valores postmateriales», pero en el caso de América Latina «enfatan más la sobrevivencia o subsistencia, es decir las necesidades básicas de la población» (García-Guadilla y Blauert, 1994, p. 18). De hecho en América Latina el ambientalismo ha resignificado viejas luchas sociales por mejorar la calidad de vida (Leff, 1994).

La importancia de dar significado a esa praxis es substancial en tanto que de ella depende la capacidad de reactuación sobre la realidad. Como indica Villasante, «la calidad de vida de una comunidad es relativa, es ecología política antes que técnica, pues la sustentabilidad de un proyecto depende de las capacidades e implicaciones de la población con tal solución propuesta» (1994, p. 29). Un estudio de la calidad de vida urbana no puede dejar de captar tal subjetividad constituyente.

CONSIDERACIONES FINALES

Como se ha podido advertir, el tema es extremadamente amplio y debería merecer una profundización que aquí no es posible. El término se ha puesto de moda, pero ¿cómo puede sacarse algo con sentido si su contenido implica variaciones substanciales, de acuerdo a la lógica del discurso del que se trate?

Una fuerte connotación positiva, su tono aparentemente neutro, sus implicaciones difusas, llevan a que sobre esta categoría se proyecten intereses diferentes por parte de los distintos grupos. En este sentido, tal como vimos, se refieren a ella desde la propuesta de crecimiento capitalista basada en las líneas actuales hasta el más crítico proyecto medioambiental de corte popular.

Como hemos registrado, la contextualización de la noción es fundamental. Para el caso de las ciudades de América Latina, calidad de vida inevitablemente expresa —más allá de su asociación con la inserción laboral— demandas de necesidades básicas e infraestructura urbano-ambiental. A partir de esa profusa utilización, puede congelarse en un eslogan de proyectos variados o estructurarse como una categoría referente de alternativas societales.

Preguntarnos por su llamativo uso en exceso, nos lleva a recordar que asistimos a un contexto general de bloqueo teórico para pensar desde una perspectiva de cambio social. La dinámica de fin de siglo está marcada, por el contrario, por un claro viraje ideológico y un notorio declive de la reflexión crítica.

Ello también responde a repercusiones de lo que en otro momento apareció como alternativa: el modelo colectivista burocrático de los países del Este, la socialdemocracia europea y los proyectos de nacionalismo revolucionario del Tercer Mundo. Se trata de modelos teóricos y políticos donde el estado

juega un papel central en la solución de los problemas sociales (González Casanova, 1992, p. 107).

En ese sentido, propusimos que el conjunto de expectativas y necesidades surgido de la praxis social, nos reenvía a calidad de vida como categoría inclusiva, dinámica, que resignificada puede ser pensada entonces como expresión de un paradigma basado en la sociedad civil, aunque ello no niegue el poder político.

Después de todo, si algunas categorías han quedado raídas, en tanto los proyectos sociales que las sostenían han quedado diluidos, nuevas categorías pueden reemplazarlas. Quizás, calidad de vida pueda expresar, entre otras, tales perspectivas.

BIBLIOGRAFÍA

- BESPALI, Yubarandt: «Calidad de vida ¿valor bioético?» en revista *Relaciones*, Marzo 1996.
- CANDIA, José Miguel: «Empleo precario y conflicto social ¿Nuevas formas de organización popular?» en *Nueva Sociedad*, 142, Marzo/Abril, 1996.
- CASTELLS, Manuel: *La cuestión urbana*, México, S. XXI, 1988 (1a. ed. 1974).
- *La ciudad y las masas*, Madrid, Alianza, 1986.
- CORAGGIO, José Luis: *Desarrollo humano, economía popular y educación*, Buenos Aires, IDEAS, 1995.
- ESTÉS, Richard: «Hacia un índice de «calidad de vida», en *Pobreza. Un tema impostergable*, B. Kliksberg (comp.), México, FCE, 1994.
- EVERS, Tilman; MÜLLER-PLANTENBERG, Clarita; SPESSART, Stefanie: «Movimientos barriales y Estado. Luchas en la esfera de la reproducción en América Latina», en *Revista Mexicana de Sociología*, IIS/UNAM, Abril-Junio de 1982,
- EZCURRA, Exequiel: «El ambiente en los tiempos de cólera. Ecología y desarrollo en América Latina», en *Nueva Sociedad*, 122, Nov./Dic. 1992.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón: *La explosión del desorden*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1993.
- GARCÍA DELGADO, Daniel: «Argentina: de la movilización de masas a los nuevos movimientos sociales», trabajo contenido en «Democracia emergente en América del Sur», Gerónimo de Sierra (comp.), México, UNAM, 1994.
- GARCÍA-GUADILLA, María Pilar y Jutta Blauert: «Movimientos sociales, desarrollo y democracia», trabajo contenido en *Retos para el desarrollo y la democracia: movimientos ambientales en América Latina y Europa*, Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1994.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: «¿Hacia un nuevo paradigma de la Sociedad y el Estado?», trabajo contenido en revista *El socialismo del futuro*, 5, 1992.
- GURRIERI, Adolfo: «Pobreza, recursos humanos y estrategias de desarrollo», en Kliksberg, op. cit.
- Informe de Desarrollo Humano 1993, Madrid, CIDEAL, 1993.
- KLIKSBERG, Bernardo: «La escalada de la pobreza en América Latina», trabajo contenido en Kliksberg, op. cit.
- LEFF, Enrique: «El movimiento ambiental y las perspectivas de la democracia en América Latina», trabajo contenido en *Retos para el desarrollo...*
- MARTÍNEZ ALIER, Joan: *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Barcelona, Ed. Icaria, 1992.
- MILLÁN, René: «Calidad de vida: noción cultural y derivación política. Apuntes», en *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM/IIS, Enero/Marzo 1991.
- NEGRI, Antonio: *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid, Libertarias, 1994.
- NUNES, Edison: «Carências urbanas, reivindicações sociais e valores democráticos», en *Lua Nova*, S. Paulo, Junio 1989.
- VICENS, Jesús: *El valor de la salud. Una reflexión sociológica sobre la calidad de vida*, Madrid, S. XXI, 1995.
- VILLASANTE, Tomas: *Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*, Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1994.
- ZEMELMAN, Hugo: *Los horizontes de la razón*, tomo 1, «Dialéctica y apropiación del presente», tomo 2 «Historia y necesidad de utopía», Barcelona, Anthropos, 1992.
- *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*, El Colegio de México, CES, México, 1996.